



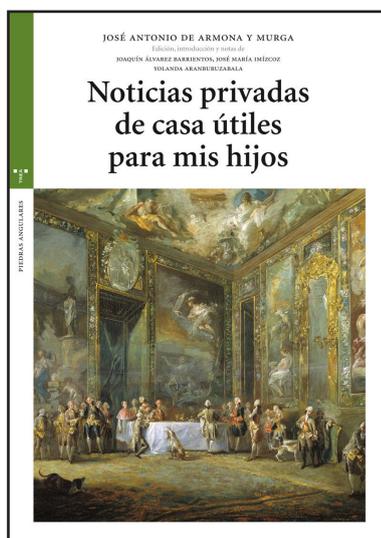
## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 19 (2013)

José Antonio de ARMONA Y MURGA (2012), *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos*, ed., int. y notas de Joaquín Álvarez Barrientos, José María Imízcoz y Yolanda Aranburuzabala, Gijón, Trea - Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 392 pp.



La literatura española del XVIII articula, de manera sustancial en cantidad tanto como en calidad, un doble circuito de producción y difusión: uno impreso para eso que pomposamente solemos llamar «el público» y otro manuscrito para manejo privado, administrativo, clandestino, académico, familiar, convivial... Este segundo circuito es tan voluminoso, que a menudo no reparamos en él, por sabido que lo tengamos. Conque lo más útil que aún hemos de seguir haciendo los investigadores en esta disciplina es el acarreo, desempolvamiento, edición y estudio de tanta masa de escritura como quedó fuera de la «circulación pública», entendiendo por tal —en sentido pobre— la que se produce cuando un cualquiera adquiere un impreso. Y en determinados segmentos de la creación literaria, como ocurre con la literatura autobiográfica, la privacidad no es excepción, sino norma y, de hecho, precondition misma de la escritura, como creo haber mostrado en algunos trabajos que no hace al caso citar. Por ello, cada nuevo hallazgo documental o cada edición hecha con rigor es un don inestimable, y la que ahora me dispongo a comentar reúne ambas cualidades.

En 1989 se extrajo del desmemoriado sueño de los archivos un valioso texto, las memorias escritas en 1787-1789 por el alavés José Antonio de Armona y Murga (1726-1792), uno de los altos empleados de

---

Carlos III. El autor era un hidalgo del valle de Ayala encumbrado en la administración borbónica como tantos de sus paisanos, que había ido rodando por encargos hacendísticos de creciente responsabilidad en la periferia (Sevilla, Huelva, Cádiz, Granada, Murcia, Trujillo), para ocuparse luego once años en organizar los correos de La Habana y reconstruir la hacienda cubana tras la invasión británica de 1762. Terminado su largo meritoriaje, en 1776 logró por fin ser llamado al centro de la monarquía a destinos más cercanos a la Real Persona: se le premia con la orden de Carlos III y, tras un paso fugaz por la intendencia de Galicia, es designado corregidor de Madrid, cargo que ocuparía hasta su muerte. El día a día de la capital estuvo, así, bajo su tutela en un amplísimo abanico de funciones durante quince años. Cargo relevante y muy visible, pero volcado a las minucias de la gestión cotidiana y un tanto distante de los grandes movimientos políticos, aunque tras el motín de Esquilache el rey apreciaba la importancia de no inquietar la paz del populacho madrileño. Era, en cualquier caso, una magnífica atalaya para observar y atestiguar los entresijos de las altas oficinas, pues tenía que despachar frecuentemente con el rey, los príncipes, los ministros y, sobre todo, con el gobernador del Consejo de Castilla.

Su circunstancia de corregidor de Madrid justificó que la edición de sus memorias en 1989, costeada por el consistorio capitalino, se restringiera solo a su tercer tomo, el que Armona dedicó al relato y documentación de su corregimiento, según el manuscrito incompleto de la Real Academia de la Historia.<sup>1</sup> Los dos primeros tomos estaban localizados entonces en la Biblioteca Nacional de La Habana y, aunque los editores los habían consultado, quedaron fuera de un proyecto editorial «madrileñista», donde lo que interesaba era el perfil municipal del auténtico alcalde de Madrid bajo el monarca a quien tópicamente, y con inseguro acierto, se atribuyó tal título. Cuesta creerlo ahora, pero alrededor de 1988 hubo, con motivo del bicentenario de la muerte del Tercer Carlos, un *revival* reivindicativo de nuestra Ilustración que tendía puentes entre el reformismo borbónico y la transición posterior a 1975. En el carrusel de las revisiones históricas, parecía que la España ansiosa de modernización y europeísmo de los años ochenta se miraba en el espejo de la España posible soñada por los laboriosos ministros y covachuelistas de Carlos III. En 2012, caducados aquellos fastos e ilusiones, ha aparecido una versión completa de las *Noticias privadas*, que rescata los dos primeros tomos —ahora de algún modo recalados en la Biblioteca Nacional de España— e incorpora un segmento inédito al final del tercero, a partir de un borrador en la Academia de la Historia. El vínculo entre ambas ediciones es Joaquín Álvarez Barrientos, que firma con distintos colegas en cada caso.

Si la edición parcial de hace años tenía perfil madrileño, esta edición íntegra y renovada sale con perfil «vasquista», en el contexto de los estudios sobre la formación de élites en el XVIII y, en particular, sobre las redes y clientelas vasconavarras que poseyeron eminente influencia en la administración borbónica cuando, tras la guerra de Sucesión, la nueva dinastía fomentó un relevo en los grupos sociales y regionales de donde extraía su personal. Los estudios introductorios de José María Imízcoz («Los agentes de la monarquía borbónica. Un contexto para Armona», pp. 17-47) y Yolanda Aranburuzabala («La “hora ayalesa” del siglo XVIII: entramados familiares, carreras en la monarquía y ascenso social», pp. 49-75) se inscriben netamente en dicho enfoque, formulado con claridad por el primero: «La trayectoria de [...] Armona y Murga forma parte de una historia general, en la que cobra todo su sentido. Al mismo tiempo, sus memorias particulares [...] iluminan con fuerza muchos elementos de esta historia general» (p. 17).

---

<sup>1</sup> José Antonio de Armona y Murga, *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos. (Recuerdos del Madrid de Carlos III)*, ed. de Joaquín Álvarez Barrientos, Emilio Palacios Fernández y María del Carmen Sánchez García, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1989, 241 pp.

---

Sobre tal premisa Imízcoz traza con riguroso y documentado detalle el modo como determinados linajes del valle de Ayala —los Armona entre ellos— desarrollaron una estrategia de ascenso en la administración borbónica. Los Armona, pues, aparecen como modelo y ejemplo, mas no como individuos, y menos aún José Antonio de Armona, que queda atrapado en un prototipo (un Armona) de otro prototipo (las familias vasconavarras ascendentes). Para dibujar ese dechado de rasgos sociológicos Imízcoz espiga en las *Noticias privadas* cuantos datos y pormenores testimonian tal estrategia de promoción por parentesco, las redes de apoyo mutuo, las obligaciones y servidumbres de un empeño colectivo en buscar el ascenso en las oficinas y el favor de los ministros. No es una lectura incorrecta, pues mucha de la materia de estas memorias está de hecho ocupada en confirmar el vínculo entre identidad personal, continuidad familiar y servicio público a la corona, así como el papel que una forma determinada de entender la virtud y las lealtades tiene para lograr el éxito anhelado. Para Armona eso era importante a la hora de entenderse a sí mismo. Concluye Imízcoz que «estas élites estatales pregonan los valores que son los suyos, aquellos sobre los que se han alzado social y políticamente: la educación, el mérito individual, la entrega al bien público, el servicio al rey y al total de la nación» (p. 36), y destaca asimismo la ausencia en la obra de las legitimaciones tradicionales (honor, linaje, privilegios heredados), frente a la abundancia de menciones a la educación, la capacidad y la abnegación. Así pues, «Armona encarna el prototipo del administrador ilustrado» (p. 37), y ya van tres prototipos.

El estudio de Aranburuzabala es prolijo en tablas y gráficos con estadísticas de los hábitos de la orden de Carlos III concedidos a oriundos de los valles vasconavarros, y en particular del corpus de caballeros ayaleses; entre ellos asoma el corregidor Armona, que es uno entre setenta, lo cual parece un buen comienzo para trazar sus vínculos con los otros sesenta y nueve, o con la parte de ellos con quienes hubo tiempo y sazón de establecer lazos por matrimonio o intereses compartidos. El despliegue multidireccional de enlaces maritales de los Armona (entre los que José Antonio es de nuevo uno entre varios, pues solo pudo casarse una vez) da lugar a frondosas arborescencias genealógicas que desembocan en un «genograma» global a doble página y a colores, con copiosos pormenores sobre quién se casó con quién, que resume y esquematiza unas puntuales explicaciones en prosa que también ocupan sus buenas páginas. Espero que no se me considere picajoso si digo que el genograma en cuestión tendría que tener el doble de tamaño, evitar el cierre de la encuadernación e ir acompañado de una lupa para poderse leer bien y cumplir su función, caso de que hiciera falta. Con o sin lupa, la conclusión a la que se llega —o de la que se parte, o ambas cosas a la vez— es que «la articulación del ascenso social se lleva a cabo, principalmente, desde la familia, apoyada de forma muy especial en sus relaciones de parentesco» (pp. 55-56), *quod erat demonstrandum*. Eso es algo que quizá ya intuyéramos y que tiene no demasiado que ver con el contenido de las *Noticias privadas*, pero demostrado queda.

La pertinencia en la introducción a un libro de memorias de estudios como estos, cuya solvencia científica es incuestionable, sí resulta cuestionable: los análisis prosopográficos y seriales sobre élites manejan cada sujeto como unidades que sumar al cómputo estadístico de un prototipo, y por lo tanto desechan por irrelevante cualquier elemento discordante en un perfil individual, es decir, lo que confiere su valor más específico a una autobiografía. Así pues, poco o nada explican de esa obra ni, si nos apuran, tampoco de quien la escribió; de hecho, son el sujeto y su escrito los que aportan información con que construir esos prototipos sociológicos, y no a la inversa. Sea como sea, para cubrir las vertientes literaria y filológica de la edición, a las que me confieso más sensible, está el completo y excelente estudio de Joaquín Álvarez Barrientos («José Antonio de Armona

---

y las *Noticias privadas*», pp. 77-108), que ofrece una sintética guía para introducirse en el texto y comprenderlo mejor.

Álvarez Barrientos nos resume una biografía de Armona —esto es, ahora sí, la suya propia— para trazar luego un retrato de su perfil en tanto que hombre de letras ilustrado, terreno en el que este investigador es especialista: no se trata —asegura— de un literato politizado al estilo de un Quintana, ni de un político con pujos de literato al de un Jovellanos, sino de «un funcionario que apenas escribe —desde luego no literatura de creación— y que lo que compone va dirigido, en general, al uso familiar y privado» (p. 81). Como quedó dicho más arriba, en esa época no es solo posible, sino hartamente frecuente, ser escritor sin necesidad de serlo público, y Armona comparte dicha condición con numerosos pares que configuran un territorio esencial de las letras dieciochescas y de la vida cultural alejada de las prensas. Álvarez Barrientos rastrea a partir de esa premisa sus ocupaciones e intereses intelectuales: epistolario, biblioteca, trato con otros hombres de letras... También hace una detallada historia del texto, de su proceso de composición y su transmisión tanto manuscrita como impresa (pp. 87-92), que proporciona cuanto pormenor es de desear y suscita intrigantes dudas sobre la custodia de parte de esos fondos, antes en una Biblioteca Nacional y ahora en otra, con un océano de por medio.

El apartado «Museos de la personalidad: imagen, moral, política e historia» (pp. 93-103) se dedica a la forma y sentido literarios de estas memorias. Según sus conclusiones, la construcción que hace Armona de su imagen se ajustaría al «moderno modelo de “hombre de bien” basado en los nuevos valores que encarna la monarquía» (p. 94). Henos, pues, ante un nuevo prototipo, el cuarto ya, pero en esta ocasión no es una plantilla formal aplicada a uno por su similitud con otros, sino el modelo humano que se desprende página a página de las memorias y, por lo tanto, una concepción del *yo* interiorizada y exteriorizada por el autor. Tal modelo de hombría de bien se caracterizaría por el esfuerzo, el trabajo personal bien hecho, la lealtad hacia amigos y favorecedores, el pudor respecto a la vida privada, un providencialismo cristiano no reñido con el egoísmo burgués y la sana ambición material, la modestia, el espíritu de servicio a la monarquía mediante el sacrificio de la comodidad personal, el sentido de la utilidad, el patriotismo, la sensibilidad, formulado todo ello desde la atalaya de una vejez experimentada y filosófica (mas no *philosophique*) que busca en la escritura un remedio para espantar de su cabeza la negra melancolía a que conduce la ociosidad. En ese sentido, justo es concluir que «es la suya una biografía que refleja la pertenencia a un grupo y apuntala la individualidad diferente, pero reconocible al compartir valores, de sus miembros» (p. 103).

Álvarez Barrientos se detiene, por último, en la dimensión política de estas memorias, en su relación especular con una opinión pública naciente que por un lado refleja y de la que por otro es expresión y parte. Sobre todo, presta una particular atención a sus juicios sobre la situación del país y al segmento final de las memorias, que prolongan su contenido hasta 1790 en una época ya de crisis y hondas inquietudes por el futuro. Ello le lleva a cuestionar, creo que en exceso, para quién escribía Armona. La idea de público sigue resultando difícil de soslayar en los estudios literarios, a pesar de que en esta clase de géneros autobiográficos sea realmente poco relevante. Escribir para desahogo de uno mismo, escribir de verdad para los hijos cual se declara, hacerlo para los amigos o bien incluso intuyendo que aquellos papeles podrían servir para una lectura más general, como un mensaje arrojado al mar del tiempo dentro de una botella, no resulta finalmente en una diferencia sustancial en la forma de construir el discurso, la imagen o el relato. Una vez se excluye la escritura inmediata «para el público» o la dirigida a un destinatario específico o institucional (las autoridades en escritos de corte autovindicativo, el confesor y la

---

Iglesia en las autobiografías religiosas...), las otras categorías se confunden en lo esencial. Así se escribió la mayor parte de la literatura autobiográfica de aquellas décadas.

Y sobre esa dimensión autobiográfica querría extenderme un poco más antes de finalizar. Hace años, en un estudio sobre la autobiografía en España del XVIII, parte de mi tesis doctoral, presenté una breve consideración de las *Noticias*, que no formaban parte de mi corpus porque el único segmento accesible era el tomo de 1989, cuya naturaleza de memorias administrativas, desgajadas de su contexto, la hacía inútil para mi análisis.<sup>2</sup> Ya entonces suponía, por las referencias, que esta autobiografía hacía juego bastante coherente con lo que denomino las primeras «autobiografías modernas» escritas en esos años por unos pocos autores de perfil muy semejante al de Armona: los *Decenios* de Francisco de Saavedra y la *Vida* de Antonio Porlier, entre otras piezas incompletas o de diferente naturaleza genérica que por entonces abundan. La escasez de piezas consistentes en esa línea hacía más lamentable la ausencia de Armona. La aparición ahora del texto completo del dignatario vasco me permite validar esa hipótesis y reforzar el cuadro de los orígenes de la autobiografía moderna española. Se trata, me temo, de construir con estos autores otro prototipo, y con este son cinco: el de los autobiógrafos «modernos», en cuya escala de evolución tocaría ubicar a Armona. No podré desde luego hacer un estudio tan a fondo en esta reseña y me limitaré a mostrar las notas más distintivas de las *Noticias privadas* en el marco de ese paradigma genérico al que ahora creo ya poder afirmar que pertenece y para cuyo pormenor remito a mi libro ya citado.

La «Advertencia» (p. III) del autor desgrana temas frecuentes en textos análogos: la escritura como alivio para el ocio de una enfermedad de vejez, concebida como «un partido sencillo y racional», de estructura impremeditada y notablemente informal, «a la ligera, con sencillez, sin orden ni estudio alguno», la destinación a los hijos a modo de *testamento político* y la universal protesta de veracidad y franqueza en cuanto se escriba. No hay motivos para desconfiar de tales declaraciones, que se corroboran con exactitud en las muchas páginas que siguen, sin ser nunca desmentidas por los hechos. El tono y las explicaciones son similares a las de otros autores coetáneos. No obstante, Armona se mantiene refractario a algunos de los rasgos característicos de ese nuevo enfoque integral sobre la personalidad humana y social que constituye la concepción del *yo* de la autobiografía moderna. Concretaré estas diferencias: la intensa presencia del relato genealógico (es decir, la secuencia en que el autobiógrafo expresa los orígenes de su linaje y la historia de sus padres); la supresión radical del relato de juventud y formación; el amparo de su identidad en la identidad familiar, que le evita un periodo angustioso de dudas y tribulaciones antes de tomar carrera y abrirse paso en la vida; la omisión de elementos de la vida privada incluso en un grado mayor de lo que es habitual en este tipo de obras.

Es buen momento de hacer observar que Juan Antonio de Armona salió del País Vasco con doce años y jamás regresó. Su adolescencia y juventud fueron andaluzas, su madurez cubana y su ancianidad madrileña, a varios de sus hermanos los conoció cuando tenía más de treinta años, aunque nada de eso obsta para que su identidad no estuviese firmemente anclada en su casa solariega de Respaldiza y en una trama —a menudo solo mental— de inquietudes familiares y locales. Su forma de autobiografiarse da buena cuenta de ello con un prolijo relato genealógico que indica a las claras cuál es la piedra sobre la que funda su concepción de sí mismo, y que no está tan desvinculada de las legitimaciones tradicionales del honor heredado y la propiedad vinculada como sugiere el estudio inicial de

---

<sup>2</sup> Fernando Durán López, *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, Madrid, CSIC (Anejos de Revista de Literatura, 65), 2005, pp. 97-100. Véase también Fernando Durán López, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Ollero & Ramos, 1997, nº 32.

---

Imízcoz (sin que eso obste para que su análisis de este punto sea correcto en lo esencial). Armona hizo acompañar su manuscrito de extensas notas históricas y detalles sobre sus posesiones y vínculos en la Tierra de Ayala, y añade finalmente su propio árbol familiar, un genograma algo menos complejo que el de Aranburuzabala, pero genograma al fin y al cabo. Eso quiere decir algo.

Aún más significativo de las opciones escogidas para construir su propia imagen resulta el salto radical del itinerario narrativo entre su salida de casa en 1739 y su primer empleo en la Hacienda de Huelva en 1750: su adolescencia y formación es despachada en diez escuetos renglones que son más una transición que una exposición, y que tan solo aluden/eluden lo que tiene que ver con estudios formales o informales, educación moral, relaciones... «Entré, pues, al servicio del rey» es la frase que concluye ese brevísimo interludio y que flamea como estandarte de en qué consisten estas memorias y cómo se quiere ver a sí mismo. Su vida empieza a todos los efectos cuando comienza su carrera de servidor de la corona. La manera abreviada en que, muchas páginas después, explica su matrimonio tardío y se irá refiriendo de tanto en tanto a su esposa y a su prole, se ajusta bien a ese mismo esquema y de nuevo revela que lo íntimo nunca está incluido en lo *privado* de las *Noticias*.

Pero Armona, pese a eso, no se limita a hacer unas memorias políticas y administrativas. Su vida y experiencias están ahí en una variada gama de manifestaciones, aunque con una selección muy precisa. El relato del terremoto de 1755 es un vibrante episodio personal, contado como casi todo en este libro desde el interior de su experiencia y juicio moral, no como un hecho externo. Lo mismo cabe decir de otros muchos momentos: la reunión de los cuatro hermanos en Murcia, la abundancia de interioridades y críticas en sus crónicas de los asuntos públicos, la última y emocionante conferencia tenida con su hermano mayor, la insólita escena en que es informado de la muerte de este por un prolijo y peripatético jesuita, las anécdotas nacidas del puro regocijo de la memoria con que salpica el relato de vez en cuando evocando pintorescos personajes... A este último respecto resulta revelador lo que dice cuando se dispone a narrar el jocoso encuentro con un viajero inglés, que declara insertar por ser «muy curioso para mí, y por lo mismo digno de ponerse aquí para exonerar un poco la sequedad de este papel, en todo lo antecedente de cosas de oficio» (p. 132).

Cosas de oficio y cosas curiosas *para él*, es decir, para su memoria subjetiva, son la materia de esta autobiografía, que además está llena de deliciosos detalles de la vida cotidiana atrapada en las redes de la memoria, como cuando recuerda que, en sus conferencias a temprana hora en casa del bailío Arriaga, este le recibía «con su gorro blanco, con vestido de medio paño blancuzco y alguna vez tomando chocolate» (p. 143); o cuando su primera velada social en La Habana gozó del «armonioso, raro concurso de cinco a seis antiguas arpas», tocadas por «doñas Margaritas del país [...] de color muy hecho, tornasolado, más circunspectas que hermosas» (p. 161). Armona escribe bien, con naturalidad y soltura, en una prosa muy parecida a la de Saavedra y otros ilustrados de esa generación cuando no hablan ni para el público ni para el gobierno, y se relajan de formalismos, dialécticas y retóricas. Es un estilo a veces muy directo y coloquial, que le muestra como un escritor con nervio y gran capacidad de observación de la condición humana. Sus perfiles morales y políticos de los hombres de Estado con quienes tuvo que tratar son magníficos: Alejandro O'Reilly, Grimaldi, Floridablanca, Campomanes... tienen retratos memorables en que son presentados en acción y analizados con tino por Armona, como cuando hace un espléndido estudio de los cambiantes estados de ánimo de Grimaldi y Carlos III ante la dimisión del primero (p. 220 y ss.). Pero sin duda el mejor de esos retratos es el de Campomanes, escrito con vigor, concisión y la experiencia de muchos años de continuado

---

fastidio en el trato de un eficiente corregidor con un gobernador del Consejo que en todo quería meterse: «un círculo interminable de trabajos inútiles de hacer y deshacer las cosas. Este era el gran sistema» (p. 259). Tampoco debería perderse el lector la deliciosa parodia del confesor real Joaquín Eleta (pp. 317-319). Por otra parte, cuando se ocupa de las «cosas de oficio», siempre tiene buen cuidado de no confundir esas materias con un libro de historia o unas verdaderas memorias de su gestión. Así, cuando termina de explicar el arbitrio y diligencia de que usó para establecer los correos marítimos de nueva planta en La Habana, suspende el relato antes de empantanarse en prolijidades: «omitiré por difusa e impertinente de los muchos y graves negocios que ocurrieron en el espacio de once años cumplidos» (p. 172), a pesar de que asegura tener diez tomos enteros de documentación que, con buen criterio, no se usan en estas páginas.

Armona es, pues, un escritor nada pomposo, que sin duda nunca hubiera mostrado esa calidad si hubiese tenido que escribir tales cosas fuera del recinto privado de sus memorias. Las *Noticias privadas* son importantes por sus detalles históricos, pero también son bien apreciables por su escritura y es lastimoso que hayan tardado tanto en ver la luz. Cabe felicitar a los editores por la iniciativa y el escrupuloso trabajo editorial.

Fernando DURÁN LÓPEZ